

# Antología poética

Víctor Botas

---

## Índice

- Antología poética
  - - Las cosas que me acechan
      - [Con indecisa pluma voy poniendo]
      - [De este millar y pico]
      - [Estás entre las cosas que me acechan]
      - [Yo sé que mis palabras te parecen]
      - [Un día estaré muerto. De la mano]
      - Pitonisa
  - - Prosopon
      - Venus de Cnido
      - [¿De qué modo decírtelo?]
      - La luna
      - Abu-Simbel
      - Epitafio (a C. Pontuleno)
      - Q. Popidius Felix, tonsor
      - Satiricón
      - Pintura pompeyana
  - - Segunda mano
      - Anacreonte. Mis escasos cabellos
      - Horacio. *Exegi Monumentum*
      - Marcial. Epitafio (otra versión)
      - John Donne . Soneto X
  - - Aguas mayores y menores
      - Epigrama
      - Así me gustan más (M. Valerio Marcial)

- - Historia antigua
    - Imposible
    - Pan comido
    - Aeropuerto
    - Alegoría de la primavera
    - Arco del Triunfo
    - En el foro romano
    - Una vez más el tema (el viejo tema) de la rosa
    - Horacio I, XI (Glosa)
    - Padre Apolo
    - El Poema (Variación sobre un tema de JRJ)
- - Retórica
    - Retórica
    - Roma
    - Comida de trabajo
    - Floencia
    - Huellas durmientes en el Palatino
    - Saturnalia
    - Palabras para una despedida
- - Las rosas de Babilonia
    - El perplejo
    - Anales
    - Profesora de inglés
    - Sin embargo...
    - *Cursus Honorum*
    - El hombre tranquilo



## Índice alfabético

- Allá en Ginebra, un hombre
- Anónimos y muertos, continúan
- Antigua y tan secreta
- Aprovechemos bien estas frugales
- Aquello sí que fue
- Aquí los veintisiete niños y las
- Como el árabe aquel
- Con indecisa pluma voy poniendo
- De este millar y pico
- ¿De qué modo decírtelo?
- Debéis guardar silencio: Se ha dormido
- Días de soledad y leve lluvia
- El 2 de septiembre del año 31 antes de Cristo
- El ciego Amor se me posó en los ojos
- En otro tiempo habría mucha gente, a estas horas

- [Esta mañana, un viejo](#)
- [Estás entre las cosas que me acechan;](#)
- [Fulano se enriquece comerciando](#)
- [Habría que mirarte con unos ojos ciegos](#)
- [La luna que miramos desde el Tíber](#)
- [La silenciosa plata de la luna](#)
- [La temerosa noche me concede](#)
- [Las manos de la diosa](#)
- [Las olas que vinieron a morir a mis pies cada verano, desde mil novecientos cuarenta y seis.](#)
- [Las quiero de esas que](#)
- [Levanté un monumento más perenne que el bronce,](#)
- [Mis escasos cabellos ya son blancos.](#)
- [No es solución, amigo Horacio, eso](#)
- [No le toques ya más,](#)
- [Oh Trimalción, tan rico. ¿Qué sería](#)
- [Os encomiendo, padres, a la pequeña Erotion](#)
- [Otros tendrán los premios. Para ellos](#)
- [Para ti, pobre imbécil,](#)
- [¿Recuerdas una tarde en que te puse flores](#)
- [Sería](#)
- [Supongamos ahora que es de noche](#)
- [Ten más modestia, Muerte, aunque se te haya](#)
- [Tu lejana quietud y esa apariencia](#)
- [Tu risa, en pleno centro](#)
- [Un día estaré muerto. De la mano](#)
- [Una luna encarnada](#)
- [Viene rauda, veloz, penetra en casa](#)
- [Yo sé que mis palabras te parecen](#)



Antología poética  
Víctor Botas

Las cosas que me acechan



**[Con indecisa pluma voy poniendo]**



Con indecisa pluma voy poniendo  
indecisas palabras. (Quiero darte  
un poco de mi espíritu). Es difícil  
llenar tanto papel con unas líneas  
capaces de emoción. A cada paso  
se bifurca el camino y aparecen  
otros nunca pensados; sólo uno,



que no sabré encontrar, es el preciso.  
Escribo, pues, errando las ideas  
y sus vanas palabras. (Se parece  
bastante este oficio a esa otra busca  
más rica, que es la vida. La ventaja  
de la ficción consiste en que, si quiero,  
rompo la hoja. Puedo repetirme).

**[De este millar y pico]**



De este millar y pico  
de libros que celosamente guardan  
los anaqueles de mi biblioteca,  
apenas diez  
o doce  
merecen ser nombrados. (Tu mirada  
me falta;  
de otro modo  
toda literatura sería inútil).



**[Estás entre las cosas que me acechan]**



Estás entre las cosas que me acechan;  
en el mar de esta tarde no esperada  
que hoy es una tristeza y un fracaso;  
en la luz del otoño y su arboleda  
de rumores y sombras; paseando  
por Roma, perdida entre la música  
antigua de las fuentes; en el cuerpo  
de una mujer que se peinaba cerca  
de la arena y del mar; en cierto rito  
de un día ya lejano; en el insomnio,  
que es donde yo me escucho; en esas cosas  
—una mirada, un hábito, un acento—  
sin ninguna importancia, que nos pasan  
y que no se resignan al olvido.



**[Yo sé que mis palabras te parecen]**



Yo sé que mis palabras te parecen  
cosas sin importancia; te equivocas:  
perdurarán intactas y el transcurso  
de los días del tiempo y de sus noches  
no las marchitará. Vendrá un futuro  
momento en que otros labios, aún secretos,  
acaso las pronuncien no sin cierto  
temblor. Tú y yo seremos polvo, y distintos  
mármoles vocearán nuevas victorias  
y el hierro habrá cedido al prepotente  
rumor de la clepsidra. Mas tus ojos  
seguirán alentando en cada línea,  
perennemente jóvenes. También algo  
de aquel jardín que nunca compartimos.

△▽

### **[Un día estaré muerto. De la mano]**

△▽

Un día estaré muerto. De la mano  
que en soledad escribe estas palabras  
una tarde de otoño, sólo un vano  
resumen quedará, una macabra  
figura de marfil. En el secreto  
cuarto pernoctaré, pálido y solo,  
la cara ya indistinta y un discreto  
pañuelo en la mandíbula. Tan sólo  
una flor propondrá inútilmente  
una nota feliz. Veo el paciente  
ataúd que me aguarda. ¿Qué misterio  
habrásese ese día desvelado,  
terrible o musical? Algo muy grave  
mi tácito cadáver sueña, sabe.

△▽

### **Pitonisa**

△▽

La temerosa noche me concede  
de su cóncava esfera los secretos  
que destila al girar. Todo es concreto  
para mí. Todo es claro. Pero adrede  
el futuro al profano muestra oculto  
en oscuros rituales, ya que nada  
bajo la luz del sol o la callada

△▽

luna, ha de ser hecho sin el culto  
debido y el respeto que tan sólo  
el talismán y el rito nos dispensan  
desde la antigüedad. En esta inmensa  
caverna en que me hallo, cumplo sólo  
mi papel en la farsa. No sería  
nadie sin esta púrpura en mis hombros.

Prosopon

△▽

### Venus de Cnido

△▽

Las manos de la diosa  
no prodigan  
calor.  
Vale mil veces  
más la humilde ternura de esas otras,  
comunes y encontradas  
en la noche del puerto,  
que toda la destreza de Praxíteles.

△▽

### [¿De qué modo decírtelo?]

△▽

¿De qué modo decírtelo?  
¿Compararé tus ojos a las quietas  
estrellas de la noche? ¿O, utilizando  
resabiadas metáforas de Oriente,  
diré que hay en tus labios imposibles  
y blancas margaritas, que tu talle  
es una esbelta palma? Mentiría  
de una manera estúpida: bien sabes  
que eres poquita cosa y, desde luego,  
nada del otro mundo. Sin embargo,  
cuando no logro verte, algo me pasa  
que no puedo aguantarme ni yo mismo.

△▽

### La luna

△▽

La luna que miramos desde el Tíber  
o aquí, bajo la noche de los astros,  
es única y común. Ritos y magias  
de antiguos sacerdotes que oficiaban  
orgullosos misterios, la coronan  
de fórmulas y flores fenecidas,  
de jóvenes efebos que salmodian  
olvidadas canciones, para siempre.  
Estas cosas pasaron. Son ahora  
mientras veo la luna y no comprendo  
qué estoy haciendo aquí, por qué es tan triste  
contemplar esa luz, si se está solo.

△▽

### **Abu-Simbel**

Antigua y tan secreta

como los ojos ciegos  
del futuro (tendrían  
idéntico mirar), le fue poniendo  
sobre la frente pálida al sereno  
coloso de Ramsés  
sus dedos de basalto  
la gran noche.

Descendimos entonces

la lenta escalinata, con las manos  
ya unidas.

Ahora estoy recordando una sonrisa  
y el calor de unos labios en la sombra.

△▽

△▽

### **Epitafio (a C. Pontuleno)**

*A C. Pontuleno,  
que vivió cinco años,  
once meses y veintinueve días,  
de sus padres, Délfico  
y Pontulena Prepusa*

Debéis guardar silencio: Se ha dormido  
tan dulcemente el Tiempo entre mis brazos.

△▽

△▽

### Q. Popidius Felix, tonsor



Esta mañana, un viejo  
peluquero charlaba  
con alguien, apoyando  
la espalda, ya vencida,  
en su pared (los brazos  
en jarras y la blanca  
bata a medio desabrochar: era caliente  
la tarde y no corría  
ni un tanto así de brisa).  
Aquella escena  
trivial, seguramente  
(pensé) va repitiendo  
otra que bien podría  
tener su sitio exacto diecinueve  
siglos atrás: en la mañana  
final de un veinticuatro  
de agosto, en una calle  
de Herculano.  
No obstante,  
debió haber diferencias: la colilla  
que yo tiré al pasar,  
justo a su lado.



### Satiricón



Oh Trimalción, tan rico. ¿Qué sería  
de ti sin tus copiosas  
yugadas en Sicilia? ¿Qué sin tantos  
esclavos del Oriente?  
Una boca  
(no más) entre las muchas  
que alimentan los públicos  
graneros del Estado (ruin bazofia,  
turba ignorante y sádica).  
Debieras  
honrar como merece al gran Petronio  
Arbiter, que te quiso  
para siempre dejar  
gozando de un barroco





e incesante banquete,  
por encima  
el versátil humor  
de la Fortuna.

### **Pintura pompeyana**

△▽

Anónimos y muertos, continúan  
bebiendo para siempre un infinito  
vino rojo y feliz. Entre sus brazos  
crece la multitud de una muchacha  
de secreto mirar (altos los pechos  
como extrañas magnolias). No termina  
jamás esta hora única, sin antes  
ni después, que el tiempo deja  
(acaso nada más) para inquietarnos.

△▽

Segunda mano

△▽

### **Anacreonte. Mis escasos cabellos**

△▽

Mis escasos cabellos ya son blancos.  
Mi juventud se fue. También mis dientes. Lloro  
e intento rebelarme: el más allá  
es sombrío y me queda  
tan poco ya de vida.  
Triste juego  
es este del morir, que nos arrastra  
para siempre. Y yo tengo  
tantísimo temor a dar el paso...

△▽

### **Horacio. Exegi Monumentum**

△▽

Levanté un monumento más perenne que el bronce,  
y más alto que esas faraónicas  
pirámides gastadas, que ni las inclemencias  
ni la incesante fuga de los años  
lograrán destruir. No moriré

△▽

del todo, y buena parte  
de mí burlará a Libitina; siempre joven,  
siempre renovado, crecerá  
mi fama en los que vengan, mientras sigan  
la Vestal sigilosa y el Pontífice  
subiendo al Capitolio. Y correrá  
mi nombre del Aufido  
a los reinos de Dauno, porque no  
en vano fui el primero —pese a mi humilde origen—  
que manejó las formas de la Eolia  
en la lengua latina.  
Que Melpómene acepte  
la merecida gloria y de buen grado  
corone mi cabeza con laureles.

**Marcial. Epitafio (otra versión)**



Os encomiendo, padres, a la pequeña Erotion  
que hacía mis delicias, para que  
no sufra, temerosa, ante las negras  
sombras ni me la asuste —pobrecilla—  
la insólita mirada de Cerbero.  
A punto estaba  
de cumplir seis inviernos. Que, contenta,  
juegue en tan venerable compañía,  
balbuciendo mi nombre, como ayer,  
con boquita aún torpe.  
Suave césped  
cubra sus blandos huesos. Y tú, tierra,  
—ella lo fue contigo— sele leve.



**John Donne. Soneto X**



Ten más modestia, Muerte, aunque se te haya  
erróneamente dicho poderosa  
y temible; pues esos que has borrado  
no mueren, pobre Muerte, incapaz hasta  
de aniquilarme a mí. Si el reposo  
y el sueño son tan gratos, cuánto más  
no debes serlo tú: así se explica  
que los mejores antes den contigo  
libertad a sus almas y a sus huesos



descanso. Azar, reyes, suicidas,  
son tus amos, habitante de pócimas,  
enfermedad y guerras. Y más diestros  
que tú son los hechizos. Menos humos,  
que veremos tu fin; tu muerte, Muerte.

Aguas mayores y menores

△▽

### Epigrama

△▽

Fulano se enriquece comerciando  
qué se yo con qué cosas. Especula  
con todo, el muy bandido. Sin embargo,  
aquí me veis a mí, que vivo honrada  
y muy modestamente de un mediocre  
salario. —¡Ah, gran hipócrita! No hables,  
porque, si tú pudieras, te hartarías  
de acariciarle el culo  
con la lengua.

△▽

### Así me gustan más (M. Valerio Marcial)

△▽

Las quiero de esas que  
son ligeras de cascos  
y de ropa; de esas  
que las consigue uno  
cualquiera casi casi  
por la cara; de esas  
que machacaron antes  
con tu joven esclavo  
que contigo; de esas  
que se bastan solitas  
para tres (no quisiera  
tampoco exagerar).  
Las otras, las que exigen  
con retóricas frases  
regalos y dinero,  
se las dejo a la fofa  
picha de Burdigala.

△▽

**Imposible**

△▽

*Sería*  
*muchísimo mejor que no fumara*  
*tanto,*  
me dicen  
ceñudos los doctores.  
Imposible  
seguir tan buen consejo:  
este humo  
que vuela entre mis dedos (no comprenden  
nada) es la  
contestación de un conformista,  
la sola valentía que aún me queda.

△▽

**Pan comido**

△▽

*Aquello sí que fue*  
*pan comido* —decía  
el gran Julio a su Bruto que, alarmado,  
no sabía muy bien si el viejo estaba  
hablando de la guerra  
de las Galias, o si  
(genial al fin y al cabo), con profética  
voz, se refería  
a ese día futuro y ya inminente  
de los Idus de marzo, bajo el busto  
indiferente y quieto  
de Pompeyo.

△▽

**Aeropuerto**

△▽

Como el árabe aquel  
que el otro día estaba,  
anacrónico y alto, haciendo cola  
para tomar el vuelo  
de Londres, y olvidaba  
(es posible) las viejas caravanas

△▽

y la antigua  
libertad del desierto que, no obstante,  
su ropa a mí me trajo  
a la memoria,  
así nosotros  
de una manera u otra  
nos iremos marchando por la puerta grande  
(o quizá pequeña)  
de la muerte.  
(Ya sé,  
ya sé que me repito; no lo hago  
más que para ir acostumbrándome).

### **Alegoría de la primavera**



Habría que mirarte con unos ojos ciegos  
para huir del asombro sin caer en la cuenta  
de cómo Botticelli acertó a retratarte  
con quinientos y pico años de antelación.  
Profético pincel el de este paniaguado  
singular de los Médicis; profético y sin duda  
muy preciso: porque mira que dar  
de lleno hasta en la forma de moverte,  
hasta en aquel detalle de los párpados,  
hasta en la perversión de tu sonrisa...  
También supo adornarte: estoy seguro  
de que a ti te irían bien esas antiguas  
guirnaldas de mil flores en el pelo.



### **Arco del Triunfo**



Supongamos ahora que es de noche  
(las diez, pongo por caso) y que camino  
por los Campos Elíseos. Estoy solo. En el aire,  
la luz de los anuncios y el creciente  
de plata de la luna. Llueve un poco  
al llegar a *l'Etoile*, pero me quedo  
parado frente al Arco. Hay muchas noches  
(y también automóviles que pasan)  
entre la piedra y yo. Esto es lo raro:  
que esa mole triunfal, hecha sin nada  
de imaginación y con oscuros



deseos de poder por esa gente  
que *abájase a vil ruego* para ir  
poco a poco escalando, a mí me sirva  
para olvidar (siquiera unos momentos)  
que estoy aquí, en París, en una noche  
que la plaza se encarga de llenar  
para mí de cadáveres que ríen.

### En el foro romano



En otro tiempo habría mucha gente, a estas horas  
aquí: comerciantes, arúspices y, lejos,  
subidos a la *rostra*, políticos que harían  
demagogia, y pretores con púrpuras y *fascas*  
y con leyes y testas pensativas y muy duras  
miradas. Hoy está todo roto y sólo abundan  
reptiles y malezas y también  
turistas de cara intercambiable y siempre un poco  
boba. Y tú,  
que ahora vas paseando con el fuego  
de Vesta entre las manos y no sabes  
(quizá) quién era Vesta ni que gracias  
a ti, no se me cae encima tanta historia.



### Una vez más el tema (el viejo tema) de la rosa



Tu lejana quietud y esa apariencia  
que la tarde te ofrece de indecisa  
roja gota de sangre, de algún modo  
que no acierto a entender, me están pidiendo  
que hoy me dirija a ti, precario adorno  
de un jardín que no es mío. Pese a todo,  
pese a la fiel cancela que te aparta  
de mí, sé que me perteneces. Nunca  
quien así te preserva podrá darte  
lo que yo te estoy dando: que la breve  
humedad de tus pétalos resista  
más que las firmes rejas que te guardan.



### Horacio I, XI (Glosa)



No es solución, amigo Horacio, eso  
(tan sobadito ya) del *carpe diem*,  
y después que te quiten  
lo bailao. Créeme, no es una  
solución.



A no ser, por supuesto, que se trate  
tan sólo de olvidarse de ese ciego  
futuro que ahí está,  
esperando a la vuelta de la esquina.

### Padre Apolo



Para ti, pobre imbécil,  
tan délfico y profético y tan  
vástago de Zeus y qué  
sé yo qué  
otras cosas; para ti, pobre imbécil,  
(insisto: pobre imbécil)  
el abrazo de Dafne nunca fue  
más que un temblor sombrío de laureles.



### El Poema (Variación sobre un tema de JRJ)



No le toques ya más,  
que así es la prosa.



Retórica



### Retórica



La silenciosa plata de la luna  
allá arriba, en la noche.  
Los graves ojos verdes de Atenea,  
según nos cuenta Homero.  
La rosa y la belleza aterradora  
de una mujer. El tiempo



y las aguas inquietas de los ríos.  
Los dientes y las perlas.  
Una luz en un cuarto, proyectando  
la sombra codiciada e inalcanzable.  
Los jardines. Las fuentes. Las gacelas  
gráciles como el viento, como tu  
grácil paso esquivo de gacela. Esa guirnalda  
de delicados pétalos dolientes  
que te ciñe las sienes. Aquel pájaro  
que canta en una jaula  
hasta la muerte. La vida —*ah de la vida, nadie  
me responde*— también igual que un río  
que va a dar a la mar, *que es el morir*.  
Retórica  
sobada. Persistentes  
metáforas eternas con que urdir,  
siglo a siglo un poema —el único  
poema— que un puñado de fatuos va tramando.

## Roma



¿Recuerdas una tarde en que te puse flores  
granates en el pelo, allá en el Aventino?  
Parecías talmente una diosa pagana.  
O mejor, una ninfa: la Dafne legendaria  
que jamás tuvo Apolo, por obra de los dioses.  
Esa tarde aún espera su momento preciso,  
temblando en cierta página de un libro ¿Y aquella  
noche antigua, su tibieza de estío, rodeados  
de faunos y bacantes, de amorcillos inquietos,  
en un café de Vía Veneto? ¿La recuerdas? Reías,  
reíamos los dos, reíamos como antes  
no habíamos reído en nuestras vidas. —¡Oh, Dios,  
qué sensación maldita de vivir, insoportable, extraña,  
de la que nadie me aliviaba! Fue,  
fue como si todo, todo, se hubiera ido borrando (el tráfico,  
la puerta Pinciana iluminada y ocre, el orgulloso  
Excelsior) y tan sólo tú y yo quedáramos en Roma;  
solos tú y yo y esa luna tranquila y silenciosa  
de todos los amantes, una luna muy pálida y muy grande,  
una luna  
que también se reía, redonda en su alto cielo cárdeno  
y cargado de astros, de estrellas y de dioses,  
mil veces más antiguo que el gran cielo de Júpiter.  
Solos tú y yo en el mundo, cogidos de la mano  
por el Campo dei Fiori. Solos tú y yo en el mundo





por Vía del Babuino, por el Corso, al pie  
del viejo arco de Tito, bajo las rotas bóvedas  
del foro de Trajano. Y aquel lento vagar como embrujados  
por la villa Borghese o arriba, en el Janículo,  
con la ciudad convulsa a nuestros pies,  
con la ciudad herida a nuestros pies,  
con la ciudad sufriendo a nuestros pies,  
adormecida  
igual que si acabara de salir  
de un ataque epiléptico.  
¿Recuerdas todo eso?  
También hubo un paseo junto al río: mirábamos  
sus aguas que arrastraron graves togas,  
cadáveres e imperios,  
y batallas y puentes. De uno de ellos te dije: *ese  
es el puente Emilio, Dafne*. ¿Lo recuerdas?  
El púrpura del cielo flotará cada día en las colinas  
al caer el crepúsculo.  
Pero lo más curioso  
(lo más curioso, Dafne)  
es que nunca estuvimos  
tú y yo juntos en Roma.

### Comida de trabajo



Aprovechemos bien estas frugales  
comidas de trabajo —unos percebes  
y luego algo al champán, postres y para  
terminar los habanos. Todo ello,  
claro está, acompañado por los vinos  
que el *chef* vea mejor. Profundicemos  
en todos esos temas en que estamos  
de acuerdo: los sueldos un pelín  
más altos, aunque haya (qué bonita  
metáfora) que incrementar un poco  
más la presión fiscal (cosa, por otra  
parte, muy justa y necesaria  
socialmente, ¿o es que no estamos todos  
del lado del progreso?) Que la gente  
profana sepa bien que le conviene  
pagar a tocateja nuestros gastos  
(por otra parte, nada del otro mundo:  
un *Mystère* cualquiera, y a los toros...  
pelillos a la mar del Presupuesto),  
ya que mucho nos debe e imprescindible  
es nuestra actividad. Luego, ya rotos



de tanto trabajar, busquemos el  
merecido reposo del guerrero.

### Florenxia

△▽

Una luna encarnada  
allá en el aire  
y sola  
El repentino aroma  
de un ramo de violetas  
al salir  
de un café  
*en vía Clazaiavoli*  
Aquella  
rosa herida  
de muerte entre los pliegues  
de seda del crepúsculo  
El puente  
El frío  
Arno  
Fiésole  
Los cipreses  
soñando en las colinas  
La noche  
la de siempre  
la de todos  
los días  
ésa  
la que ya se te enreda en las pestañas

△▽

### Huellas durmientes en el Palatino

△▽

Aquí los veintisiete niños y las  
veintisiete doncellas entonaron  
el Canto Secular. Aquí la noche  
(a esa del tres de junio me refiero)  
se coronó de música. Aquí Horacio  
lloraría de júbilo (y de vértigo)  
al contemplar su gloria. Aquí olvidaron  
inmóviles procónsules triunfales  
—entornados los párpados, las caras  
encendidas de minio, indiferentes—

△▽

su condición humana. Aquí un César  
bromeó con su muerte. Aquí se amaron  
centurias de parejas, superpuestas  
como en selladas cajas, siglo a siglo.  
Y pasaron más cosas. Y quedaron  
quietas aquí sus huellas —¡cuántas huellas,  
cuántas huellas durmientes, madre, Virgen!  
Y sesudos doctores consiguieron  
clasificar muchísimas.  
Aquí,  
con comprensible (y culta) obstinación,  
los gatos italianos se desviven  
por dejar vero rastro de sus vidas.

### Saturnalia



Tu risa, en pleno centro  
de la *piazza di Spagna* —justo, sí,  
ante la escalinata. Cómo ríes  
con toda esa caterva de mocosos  
alrededor. Suenan trompetas, crótalos,  
arden rojas antorchas en el cielo  
nocturno, brama el pretor su edicto,  
asciende Augusto, lento, al Capitolio  
con los signos de Júpiter y el rostro  
transtornado de minio, mientras graznan  
excitadas las ocas y los niños  
pijos de Roma entonan obedientes  
el Canto Secular. Tu leve risa  
de astro divagante en la honda noche  
—aún más serena, más sigilosa y alta,  
muchísimo más pálida y temible.  
Cómo ríe, señores, cómo ríe  
mi gozoso misterio, mi locura,  
mi amor de los amores. Cómo ríe  
a la luz de un farol, entre centurias  
de caras anodinas y esta brava,  
imprevista erección que ya me empieza  
a incordiar demasiado. *Ars gratia artis*;  
no: *ars gratia amoris*.  
Y pensar  
que ahora mismo los gatos andarán  
copulando, jodiendo como locos,  
encantados,  
entre las rotas piedras del templo de Saturno.



## Palabras para una despedida



El ciego Amor se me posó en los ojos  
y te vi como sólo puede él ver a sus hijos:  
coronada en la noche de fragantes guirnaldas  
y danzando en silencio a la luz de la luna,  
en un temblor de sistros que agitaban tus manos.  
Tú misma te encargaste de romper el hechizo;  
tú misma, tú, esa magia, ese encanto, los dones  
que el azar impasible así nos ofrecía,  
como quien te regala sin motivo una rosa.  
Y el dios loco escapó: huyó espantado y solo,  
hacia alguna otra parte, los párpados sellados.  
He aquí tu grandeza, tu miseria, tu sino.  
Tu victoria también sobre un dios inocente:  
durante un breve tiempo las divinas miradas  
se fijaron en ti y me fueron dictando  
cosas que están aquí, que aquí se quedan —quietas—  
y me salvan de ser tan sólo un pobre imbécil,  
y a ti (no, no es necesario que me agradezcas nada)  
de ser sombra y ser polvo y ser nadie y olvido.




Las rosas de Babilonia



## El perplejo



Las olas que vinieron a morir a mis pies cada verano, desde mil novecientos cuarenta y seis.   
El cigarrillo roto del cenicero azul.  
Mi mano con la pluma que no entiendo.  
La rosa inalcanzable de Jorge Luis Borges.  
La amistad de unos pocos.  
El clavel amarillo que ignoré esta mañana en una tienda de flores.  
La piedra con la que tropecé el pasado mes de julio en Puente Viesgo.  
El salto delicado de los gatos.  
Los payasos del Price que yo miraba atónito, a los cinco o seis años.  
La cara muerta de mi abuelo que se me está borrando.  
Paulina en el Gran Canal de Venecia, un día de mil novecientos setenta y uno.  
El grano que ahora tengo en la mejilla.  
José Luis García Martín camino del Oliver con un puñado de libros y revistas bajo el brazo.  
Mis hijas que jugaban junto a la gran roca que hay en la playa de Biarritz.  
Mis hijos que todavía juegan en el mismo lugar.

La mala leche con que pago a Hacienda.  
El capot de mi coche tragándose impertérrito la larga cinta gris de la carretera.  
Los ojos que no ven más que otros ojos que pasan junto al mar cada mañana  
y que, como las olas, se estremecen, azules y cambiantes.  
El sabor de un café, rayando el alba,  
en el barrio Latino de París.  
La angustia de saber que tan sólo me salvan unas cuantas líneas vacilantes.  
Los cincuenta años que cumpliré, dentro de once meses y medio.  
Esta leve lumbalgia al levantarme de la silla...

### Anales



El 2 de septiembre del año 31 antes de Cristo



Octavio (aún no era Augusto  
—lo sería  
en enero del 27)  
borra del mar de Actium,  
bajo un sol impasible,  
el gran sueño imperial de Cleopatra.

En Mühlberg, Carlos V, el 25

de abril de 1547,  
desde el lecho doliente de un ataque de gota,  
humilla al luterano  
Juan Federico de Sajonia,  
y Witemberg  
—patria de la Reforma—  
vuelve a poder católico.

El 21

de octubre de 1805, Nelson  
herido ya de muerte,  
derrota en Trafalgar y simultánea-  
mente a las dos armadas  
enemigas.

El 5 de junio de 1942, el almirante

japonés Yamamoto, ante el desastre  
inevitable, ordena  
cambiar rumbo a sus naves  
de Midway, entre golpes  
de mar y espuma y viento.

El miércoles 6 de abril de 1994,  
en un lugar tan trivial como lo es una cafetería,  
una mujer y un hombre se enredaron  
en tácito combate de miradas.

Quién me diera

no haber sido aquel hombre.

### **Profesora de inglés**

△▽

Viene rauda, veloz, penetra en casa  
igual que la Ocasión —la pintan calva,  
pero qué va, qué va: largos cabellos  
temblorosos de luz, ojos azules  
y piernas largas, largas, largas, largas...  
Yo me muero mirándola —¡oh tormento!—  
pasar antes mis ojos transtornados  
que no la han de tener ni aquí, ni en Francia,  
ni a la luz de un farol en Central Park.  
Yo me muero mirándola —¡qué espanto!—  
y siento el corazón que se disloca,  
las manos que me sudan, la cabeza  
que se pone a girar... Menuda gracia  
que le hará a mi señora este poema.

△▽

### **Sin embargo...**

△▽

Días de soledad y leve lluvia  
acechando tu paso en la estratégica  
penumbra de algún bar. Vuelan las horas,  
vuela el viento en la calle. La mañana  
se me hace pese a todo interminable  
en aquella inquietud —el cigarrillo  
agoniza en mis dedos temblorosos,  
el café se me enfría—: tú no acabas  
de venir a cruzar la incierta esquina.  
De Quincey (cuenta Borges) no dejaba  
de buscar a su Anna por las calles  
de Londres. Vano empeño. Claro que  
ni tú eres Anna ni soy yo  
el pobre de De Quincey. Ni esta birria  
de pueblo es la soberbia Londres.  
Sin embargo...

△▽

### ***Cursus Honorum***



Otros tendrán los premios. Para ellos  
la suave canonjía, las espaldas  
donde pasar la mano, los discursos  
soporíferos siempre. Otros, mira,  
recorrerán tertulias de santones,  
homenajes sin cuento, redacciones  
de diarios importantes a la busca  
de la menor reseña, de una foto,  
rodeados de libros —son tan cultos...  
Están luego los listos que, siguiendo  
el ejemplo triunfante de algún Nobel,  
llevarán a sus casas encantadas  
de Mallorca o Ibiza a los futuros  
doctorandos que harán su panegírico  
a cambio de un buen plato de lentejas  
y de algún paseíto junto al mar.  
También hay mentecatos —por ejemplo  
un servidor— cuyo infinito orgullo  
les impide humillarse ante otra cosa  
que no sean tus ojos o la Luna.  
(Trágicos dinosaurios que no aspiran  
más que a dejar la huella de su paso).



### **El hombre tranquilo**



Allá en Ginebra, un hombre  
que se decía un sueño  
duerme  
junto a un árbol rarísimo.  
Bajo  
el cielo encapotado de su patria —Inglaterra—  
hay otro que no deja de soñar  
ni a bien ni a mal  
con Hamlet y Julieta.  
Un tercer hombre  
que hizo  
hablar a la Sibila  
de Cumas, perdió ya  
uñas y vísceras,  
hará unos dos mil años y ahí sigue (me imagino)  
en un lugar anónimo de Nápoles.  
Un día  
también el que esto escribe acabará  
tranquilo y boca arriba



en un sitio trivial:  
el cementerio  
del Salvador, de Oviedo.  
Y tú  
acaso te conmuevas  
un poco al recordar  
que nuestros breves diálogos en estas  
tímidas mañanitas del verano  
conturbaron mi espíritu  
humillado  
por tus jóvenes años,  
y me fueron dictando estas tenues palabras  
que no ha de destruir el raro tiempo  
que en Babilonia destruyó las torres  
y las rosas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)





**editorial del cardo**